tetizar las sensaciones, se devuelve el juicio, la razón y la memoria, y, por lo tanto, se pone al niño en mejores condiciones intelectuales, morales y afectivas.

REMEDIOS MÁS ADECUADOS.—No es difícil comprender qué clase de medios deben emplearse para combatir los males que hemos expuesto. Pero para estudiar esta cuestión es preciso considerarla bajo dos aspectos: el profiláctico y el curativo.

En primer lugar urge que en la escuela normal sea un hecho la inspección médica bien organizada, dando cierta preferencia al otólogo para que, con todos los medios hábiles, pueda descubrir á tiempo la sordera y sus múltiples causas, así como la existencia de las vegetaciones adenoideas en particular. Hecha la selección conveniente se avisará á la familia para que cuide de curar al niño, no debiendo éste reingresar en la escuela hasta que se halle en condiciones físicas para ello. De otra manera, durante el tiempo que estuviesen en tratamiento, de los niños señalados como defectuosos, podrá formar el maestro un grupo de ellos, junto con los sordos incurables, y hacerles ocupar un sitio muy próximo á su tarima ó á donde diera sus explicaciones. Si esto tampoco fuera posible sería menester la creación de clases especiales para duros de oido, como hay en Alemania, en las cuales los alumnos no pasan de quince, en donde el profesor procurará desarrollar sus restos de oido y de inteligencia. De lo contrario, si las sorderas son muy intensas ó presentan una marcha crónica, rebelde y progresivamente fatal, queda el recurso de instruirles en las escuelas de sordo-mudos.

Aparte de este trabajo que desde los comienzos de la implantación de la inspección médico-escolar sería bastante abrumador, dada la revisión de todos los alumnos que debería llevarse á cabo; más tarde, cuando se hubiese realizado ya dicha tarea, todo quedaría reducido á un reconocimiento de cada niño al ingresar en la escuela y á inspecciones periódicas de los señalados en anteriores reconocimientos. Todo ello evitaría, con seguridad, el desarrollo intelectual deficiente de muchos niños, y por ende las funestas consecuencias de esta inferioridad, que ya conocemos.